



QUERER PARA PROTEGER

Recojo un pasaje de una novela de John Irving, que encuentro reproducido en otra novela (de Guillaume Musso en este caso):

“Es duro querer proteger a alguien y ser incapaz de hacerlo -señaló Ange. - No podemos proteger a nadie, hijo - contestó Wally- Lo único que podemos hacer es quererlos”.

Y de repente entiendo que esto es lo que nos pasa a los padres: queremos proteger a nuestros hijos a capa y espada, y ocurre que muchas veces no podemos, porque no está a nuestro alcance hacerlo, o esa protección se nos gira en contra porque bajo nuestra capa protectora no acaban de crecer. Como padres, (o como amigos, o hijos de padres mayores) nos debatimos sobre cuál es el nivel de óptimo de protección, que no sea ni demasiado poco ni demasiado. Y esta cita nos da la respuesta: necesitamos cambiar el enfoque. No necesitamos plantearnos si los protegemos más o menos, necesitamos plantearnos que lo único válido, lo único que de verdad ayuda, y que está seguro en nuestra mano es quererlos. Quererlos es lo que nos dará la medida de lo que de verdad necesitamos hacer.

Ya cité hace un tiempo a la autora Yuko Munakata que dice: “ser padre consiste en querer a tu hijo, hoy”. Esta es la clave. Porque cuando quieres a alguien de verdad acabas sabiendo qué tienes que hacer. Si la decisión de “lo hago o no lo hago” nace del amor por el otro, será acertada.

Y al mismo tiempo, hay otro efecto, y es que la persona que se sabe querida crece. En seguridad personal, en autoestima, en autonomía. Se desarrolla y acaba protegiéndose a sí misma.

Nunca nos parecerá que podremos proteger suficientemente a alguien querido. Cambiemos de táctica: querámoslo, y asegurémonos de que sabe que lo queremos.